

DOMINGO XXV TIEMPO ORDINARIO

Las lecturas de hoy nos recuerdan que nuestros planes no son los de Dios ni nuestros caminos los suyos. Tenemos la tentación de medir a Dios con nuestro rasero, en lugar de dejarnos medir por el suyo.

La parábola del Evangelio en la que todos los trabajadores, con independencia de la hora en que se han incorporado a la faena, reciben el mismo salario no ilustra la justicia de Dios, sino su misericordia. A nosotros nos toca responder en el mismo momento que Dios me llama.

Se nos recuerda que la salvación es un don gratuito y, por tanto, inmerecido. Y este punto es importante no olvidarlo, porque a lo largo de la historia de la Iglesia han sido muchos quienes han creído que se salvarían por sus propias obras. Ya san Agustín advertía contra los pelagianos que el bien que hacemos es posible por la gracia de Dios. La llamada a ir a la viña ya es una gracia, y el salario final, otra gracia.

Al final todos recibieron el mismo denario. La recompensa, y es precioso considerar esto, es el mismo Jesucristo, su misma vida. La paga es una dignidad. Si la recompensa eterna fuera material, podríamos entrar en ciertos cálculos de proporcionalidad para ver qué es lo que Dios nos tiene que dar en función de nuestras obras. Pero como lo que se nos ofrece no guarda proporción alguna, porque es de un orden infinitamente superior, todo cuanto recibamos será gracia. Y es que Dios nos comunica su misma vida, la única vida feliz y eterna, vivir para siempre en su amor.

Precisamente esa desproporción entre lo que merecemos y lo que Dios quiere darnos nos ayuda a no juzgar lo que hacen los demás. Se trata de trabajar por el bien de la Iglesia.

Por eso la Eucaristía es un anticipo de la gloria: recibir inmerecidamente a Dios mismo. “Señor, no soy digno de recibirte, pero una sola palabra tuya, bastará para sanarme”.